



Publicación mensual al servicio del Centro de Formación para Maestros de Biblia

Nuestra Señora de Lourdes

11 de febrero

Este día marca la primera aparición de la Virgen María, en 1858, a Bernardita Soubirous, muchacha de 14 años, en la gruta de Massabielle, en Francia.



“Ella venía toda vestida de blanco, con un cinturón azul, un rosario entre sus dedos y una rosa dorada en cada pie”

Esta aparición se repetirá 18 veces de la misma manera, hasta el 16 de julio. En la aparición del 21 de febrero la Virgen le dijo: *“es necesario rezar por los pecadores.”* El 25 de marzo al preguntarle su nombre, la Virgen dijo: *“Yo soy la Inmaculada Concepción”.*

A Lourdes van muchos peregrinos y se obran innumerables curaciones, más del alma que del cuerpo. El más grande milagro que sigue obrando la Virgen en Lourdes es el convertir pecadores.

*** Pidamos nuestra conversión***

Cumpleaños Enero

Blas Amador

Maria Olga M. de Morales

Ma. Guadalupe Escalona P.

Eva Armida González G.

Ma. Concepción Guajardo

Neli. A. Valenzuela

Ma. Nieves G. de Díaz

Petrita Ramírez Ortega

Margarita Moreno de C.

Ma. Del Rosario Rivera S.

Simón Pedro Torres C.

¿Crees conocer la Biblia?

Sección que nos ayudará a aprender muchas cosas de la Biblia

1. ¿Quién es la primera hija mencionada en la Biblia por su nombre?
2. ¿Cómo se llamaba la mamá de Moisés?
3. ¿Quién fue la primera mujer en consultar al Señor?
4. ¿Quién se cayó de una ventana y se mató, mientras Pablo estaba predicando?
5. ¿Qué herrero le causó mucho daño a Pablo?

Respuestas al número anterior:

1. El Cantar de los Cantares (2,3)
2. Tabita (Hch. 9,36-39)
3. Ana (1Sam. 2,19)
4. Los Efesios (Hch. 19,19)
5. En el corazón de los hombres (Jer. 31, 33)



Librería

San Jerónimo

Recomienda...

Título: La Cuaresma, día a día

En el presente libro, la autora camina con nosotros durante los cuarenta días de la Cuaresma y de la Semana Santa; comienza el Miércoles de Ceniza y termina con el Triduo Pascual, pasando por las fiestas de San José y la Anunciación, que también incluye. Relatos y reflexiones para ilustrar los tres ciclos litúrgicos de este tiempo y ayudarnos tanto a resistir la tentación de un mundo que quiere desviar nuestros pasos del proyecto de Jesús, como a encontrar fuerza en la Eucaristía y la Palabra de Dios, y lucidez para saber que el lento camino hacia la paz y la reconciliación, la libertad y la resurrección no será posible sin tomar la cruz de cada día y aceptar el reto que Dios nos propone.



Miércoles de Ceniza

28 de febrero

Este día abre un tiempo espiritual particularmente importante para todo cristiano que quiera prepararse dignamente para la celebración del MISTERIO PASCUAL, o sea, la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Este tiempo, especial del Año Litúrgico se llama Cuaresma y se caracteriza por el importante mensaje bíblico que puede ser resumido en una sola palabra: “metanoia”, es decir “Conversión”, que es igual a un cambio de vida.

Este tiempo, inicia mediante el rito de la imposición de la ceniza, el cual, con las palabras **“Conviértete y cree en el Evangelio”** o con la expresión **“Acuérdate que eres polvo y al polvo has de volver”**, invita a todos a reflexionar acerca del deber de la conversión, recordando la inexorable caducidad y efímera fragilidad de la vida humana, sujeta a la muerte. La Ceremonia Litúrgica de la Ceniza eleva nuestras mentes a la realidad eterna que no pasa jamás, a Dios; principio y fin, alfa y omega de nuestra existencia.

La conversión es, volver a Dios, valorando las realidades terrenales bajo la luz de su verdad. Una valoración que implica una conciencia cada vez más clara del hecho de que estamos de paso sobre la tierra, y nos impulsa y estimula a trabajar hasta el final, a fin de que el Reino de Dios se instaure dentro de nosotros y triunfe su justicia.

En este tiempo de cuaresma la Penitencia es una práctica que no debemos olvidar ya que es una expresión de libre y positivo esfuerzo, por dominar todas nuestras malas inclinaciones en el camino del seguimiento de Cristo.

Hoy en día, en la Iglesia, el Miércoles de Ceniza, el cristiano recibe una cruz en la frente con las cenizas obtenidas al quemar las palmas usadas en el Domingo de Ramos.

Curiosidades Bíblicas

¿Jesucristo descendió a los infiernos?

El lugar de la desesperanza

Tal cual lo enseña la Iglesia, el infierno es un estado definitivo, y una vez que alguien entra allí no puede abandonarlo nunca jamás. Y siendo el infierno el destino de los condenados, es decir, de aquellos que durante su existencia rechazaron a Dios con una vida de pecado, ¿cómo pudo Jesús estar allí si, como afirma la carta a los Hebreos (4,15), nunca cometió un pecado?

Además, la teología enseña que el Infierno es la ausencia total de Dios.

Jesucristo, que era el mismo Dios, no pudo entonces haber ido allí, porque al llegar portando al propio Dios, el infierno se habría convertido en el cielo.

Entonces, ¿Jesucristo descendió o no a los infiernos? Debemos responder inevitablemente que sí, ya que se trata de un dogma de fe propuesto por la Iglesia.

Vemos pues, como, más importante que conocer las verdades de nuestra fe, es entender su significado profundo.

Los recuerdos del Sábado Santo

Cualquier cristiano sabe qué acontecimientos celebramos el Viernes Santo y el Domingo de Pascua. Muy pocos, sin embargo podrían explicar qué suceso conmemora la Iglesia el Sábado Santo.

Sabrán que litúrgicamente es un día vacío, en el que no se puede celebrar misas, ni bautismos, ni casamientos. A lo sumo dirán que es un día de luto por la muerte y sepultura de Cristo, pero nada más.

Sin embargo, la Iglesia coloca en este día el dogma de la *bajada de Cristo a los Infiernos*.

Se trata de una verdad olvidada, que no despierta interés en la predicación ni en la catequesis, donde muchos cristianos incluso la desconocen y hasta la encuentran extraña. Pero constituye un pilar fundamental de nuestra fe. Con ella la Iglesia quiere expresar dos realidades que resultan cardinales para la comprensión de toda la doctrina cristiana.

Cuando la tierra era plana

Comencemos diciendo que *los Infiernos*, no son *el Infierno*. El Infierno es, según la teología cristiana, el estado en el que se

encuentran los condenados eternamente. En cambio los Infiernos era el lugar a donde, en la antigüedad, el pueblo de Israel imaginaba que iban a parar todos los que morían.

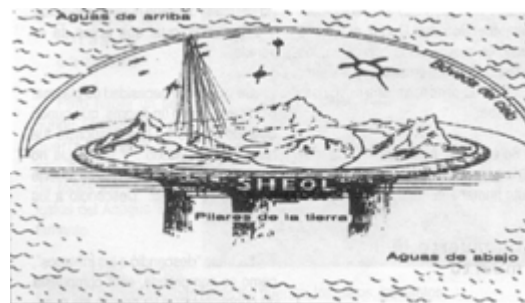
En efecto, los judíos del Antiguo Testamento tenían una imagen del cosmos muy distinta a la nuestra. Lo representaban como un disco enorme y plano, circular, rodeado por las inmensas aguas del océano, asentado sobre cuatro columnas que se hundían en el abismo.

Por encima del espacio se hallaba el firmamento. Era una cúpula sólida, sobre la cual se suponía que había agua, y que servía para separarlas de las aguas de abajo. De esta cúpula pendían el sol, la luna y las estrellas. Para que lloviera, se abrían las compuertas de arriba, y entonces las aguas caían sobre la tierra.

El tercer estrato de este cosmos era el lugar llamado en hebreo *sheol*, la morada de los muertos, el mundo subterráneo, colocado debajo la tierra. Allí descendían todos los difuntos sin excepción. Cuando la palabra *sheol* tuvo que ser traducida al griego, se usó el vocablo *hades*. Y más tarde, al pasar en latín, se tradujo por *infernus*, que significa precisamente eso: *lugar inferior, subterráneo*. Estas tres palabras, pues, indican la misma realidad.

El sheol, morada de los muertos

Los hebreos no habían desarrollado casi nada de la doctrina del más allá. Por eso es muy poco lo que dice la Biblia sobre el *sheol* o *los Infiernos*.



Estaba supuestamente localizado bajo tierra, por lo que se hablaba de “bajar” al *sheol*, y como envuelto en tinieblas, ya que la luz era sólo patrimonio de los vivos. Allí no se oía ningún sonido, ni las voces de nadie, sino que se vivía en el más absoluto de los silencios.

Quien bajaba al *sheol* ya no podía regresar nunca más. Allí, a esa región sombría y

caliginosa iban a parar todos los hombres que habían traspasado las fronteras de la vida. Buenos y malos indistintamente, tenían como ineludible cita final la tene-brosa morada de los muertos.

A los habitantes del *sheol*, la Biblia les da el enigmático nombre de *refaim* (los impotentes), puesto que allí subsistían como en estado flácido, debilitados, con una existencia vaporosa y somnolienta. Allí no hacían nada, ni pensaban en nada, ni gozaban de nada, ni sabían lo que pasaba en la tierra, ni podrían alabar a Dios ni tener ningún contacto con él. Eran sombras vivientes.

Cierto, pero difícil de creer

Ahora bien, que Jesús, siendo Dios, y gozando del poder y la condición divina, haya perecido como un simple mortal, y haya probado el *sheol*, no fue algo fácil de admitir por los creyentes de las distintas épocas.

Ya entre los primeros cristianos había quienes negaban que Jesús haya tenido un cuerpo real, auténtico, mortal como el nuestro, y se contentaban con sostener que su cuerpo era aparente, como un vestido exterior, un ropaje que cubría a la persona divina.

Los que defendían esta doctrina herética fueron llamados *docetistas* (del verbo latino *doceo*: parecer, aparentar). Con un cuerpo aparente, era lógico que Jesús no muriera realmente, no al menos como cualquier ser humano.

De esta manera, creían exaltar más la figura de Jesús, como sucede actualmente entre los musulmanes, que lo consideraban un profeta tan grande (aunque no Dios), que no debió morir realmente. Según el *Corán*, el Viernes Santo, en medio de la confusión, los romanos crucificaron por error a Simón Cirineo, mientras Cristo escapaba.

Se comprende, pues, como fue difícil en la Iglesia la aceptación de la idea del Cristo humanamente muerto.

Un muerto bien muerto

El peligro era grande, porque si Jesucristo no había muerto realmente, tampoco había resucitado. Y entonces no se habría operado nuestra salvación, y estaríamos igual que antes de su venida.

Se vio, así, la necesidad de plasmar esta creencia en un dogma, que quedó definido así: *Creo que Jesucristo fue*

muerto y sepultado. Y para que no hubiese duda alguna de que su muerte era real, se añadió: *descendió a los Infiernos*.

La frase *descendió a los Infiernos*, como se comprende, esta compuesta de conceptos que ya no son los nuestros. Ahora que sabemos que la Tierra no es plana, sino redonda, no creemos que los muertos bajen a ningún *lugar inferior*. Sin embargo, la verdad de fe sigue en pie. Con ésta se quiere decir que Jesús murió efectivamente, que paso por la humillación de estar muerto, separado de esta vida, excluido del resto del mundo que sigue viviendo.

Si la resurrección hubiera sucedido inmediatamente después del último suspiro de Cristo, se habría podido dudar de la realidad de su muerte. Pero no fue así, Cristo permaneció en el estado de muerte; su “bajada” al *sheol* constituye el límite extremo de su anonadamiento. Con ella ha tocado fondo.

Esto era lo que querían expresar los primeros cristianos cuando afirmaban que Cristo había descendido hasta los abismos tenebrosos de la Tierra: que había muerto realmente.

El ruido de rotas cadenas

Pero había un segundo aspecto que se quería subrayar con esta frase: la salvación de todos los hombres justos del Antiguo Testamento.

En efecto, en los Infiernos o el *sheol* estaban todos los buenos, los justos, los santos, que habían muerto antes de Cristo. Y ninguno podía ingresar en el Cielo, en la salvación, antes de Cristo, porque como dice san Pablo, él es el primero de resucitar de entre los muertos, el primero de entre los hermanos, el primero en todo (Col.1,18). Estaban todos aguardando en los Infiernos que se produjera la redención de Cristo.

Cuando este murió, bajo, pues, a buscarlos para darles la buena noticia y llevarlos con él al Paraíso. Cristo inauguró el Cielo, y detrás de él entraron todos los que antes de su venida habían sido dignos de la salvación.

Las cadenas, que según san Pedro en su discurso de Pentecostés retuvieron a Cristo y a todos los difuntos en el *sheol* (Hch. 2,24), fueron rotas para siempre.

La Biblia lo dice

El mismo san Pedro, en su primera carta, escribe sobre este tema, aunque de un modo velado y confuso, cuando relata: *Cristo, como hombre, murió. Pero resucito en el Espíritu. Y fue a predicar a los espíritus encarcelados* (3,18-19). *Y más adelante*

agrega Por eso hasta los muertos se ha anunciado la Buena Noticia, para que, aunque juzgados en la carne según los hombres, vivan en el Espíritu según Dios (4,6).

San Mateo alude también a esta liberación, entre la muerte y la resurrección de Cristo, cuando cuenta que, al expirar Jesús, *se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron. Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él entraron en la Ciudad Santa* (escatológica, es decir, el Cielo) (Mt. 27,52-53).

De igual manera Juan, en el Apocalipsis, presenta a Jesucristo como el viviente: *estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades* (1,18).

En la morada de los muertos, la vida.

La “bajada” de Cristo a los Infiernos tiene, pues, un mensaje inmenso. Todos aquellos que habían vivido antes de Cristo, a quienes el Evangelio nunca había llegado, que jamás habían oído hablar de un Redentor, también pudieron salvarse.

Todas las épocas de la historia han sido santificadas, comenzando desde Adán. Por eso hoy, que sabemos mejor que antes lo antigua que es nuestra humanidad, esta doctrina tiene dimensiones mayores.

Y para los que venimos después, el dogma afirma que Cristo pasó por la puerta de aquella que más nos aterroriza: la muerte, que antes era *los Infiernos*, y los ha destruido. Todo el miedo del mundo estaba puesto en ellos. Pero ahora el *sheol* ha quedado superado. La muerte ya no es lo mismo que antes porque la vida está en medio de ella.

Las puertas de la muerte quedaron definitivamente abiertas, tanto para los que vienen después, como para los que murieron antes.

La Leyenda de Adán

En Jerusalén, a la entrada de la Iglesia del Santo Sepulcro, hay una gruta llamada *la gruta de Adán*. Los mismos cristianos, a los que les gusta conmemorar las verdades de la fe de un modo plástico y popular, crearon una leyenda en torno a ella.

Decían que allí habían vivido Adán y Eva, y en ella habían sido enterrados.

Ahora bien, esta gruta se encuentra exactamente debajo de la roca del Calvario, donde plantaron el madero en el que

fue clavado Jesús. Según esta leyenda, cuando Cristo murió en la cruz, su sangre, deslizándose por las hendiduras de la roca partida por el temblor, cayó sobre los restos de Adán, allí sepultado, y bañó sus huesos.

Con este relato enseñaban cómo Adán, que representa al primer hombre que pecó, quienquiera que haya sido, también tenía salvación. Con él comenzaba la redención.

Por eso en muchos crucifijos antiguos se ve una calavera a los pies de Cristo: la calavera de Adán, que recibe las primeras gotas de redención.

Dogma avejentado, pero rico

La *bajada a los Infiernos* es una doctrina que tiene una importancia fundamental para la comprensión de la fe cristiana.

Tal como lo enunciamos hoy, está expresada en categorías obsoletas y ya superadas. No obstante, conserva fresca la preciosa verdad de que Cristo, muriendo realmente, destruyó la muerte antigua. Y desde entonces no hay persona, no importa la época en que haya vivido, que quede fuera de la salvación de Cristo.

Ante Cristo, nadie tiene privilegios cronológicos. Ni los que nacieron antes, ni los que llegaron después, ni los que vivieron con Él. Todas las etapas de la historia, desde que apareció el chispazo de humanidad en el hombre primitivo hace dos millones de años, hasta la última que atravesará nuestro universo, han quedado santificadas.

Cuando Clodoveo, rey bárbaro de los francos, se convirtió al cristianismo en el año 469, solía recibir del obispo San Remigio las enseñanzas catequísticas. Un día, mientras oía el relato del prendimiento y la pasión de Jesús, exclamó con un ímpetu propio de un neoconverso: *Ah, Señor, si yo hubiera estado allí con mis francos, lo habría impedido*.

Pero la pretensión de Clodoveo es vana. No hace falta haber nacido en su época. Siempre estaremos a tiempo de prestarle ayuda, de escucharlo, o de comprometernos con su causa, así como lo estuvieron quienes pisaron este mundo antes que él. Podemos nacer en cualquier siglo. La bajada de Cristo a los Infiernos santificó a todos los hombres de todos los tiempos.

Compartiendo...

¡Felipillo Santo!

Colaboración de: Gloria Murguía
SAN FELIPE DE JESÚS

El 1 de mayo de 1572, en la ciudad de México, nace Felipe de Jesús, hijo de Antonia y Alonso de Casas. Felipe de Jesús fue un niño travieso. A todos los comentarios de sus travesuras, la madre le decía “¡Hijo mío, que Dios te haga santo!”... la nana al oír esto, comentó: “¿Felipillo santo? ¡como si no lo conociera yo! Santo será cuando la higuera reverdezca... refiriéndose al arbusto seco desde sus raíces del patio de la casa. Felipe siempre tomaba a broma esas palabras y le divertían algunas veces, pero también lo dejaban pensativo, veía la higuera seca y sentía tristeza. *¿Estará mi alma tan alejada de la gracia de Dios como lo está de la vida esa pobre higuera?...*

A los 16 años, Felipe se sintió llamado por Dios al estado religioso. Decide tomar los hábitos franciscanos descalzos en Puebla.. La vida allí le pareció intensamente dura e insoportable. Será por este rigor de vida, o por su juventud que Felipe no perseveró y decide regresar a casa. Su padre comprende sus razones, y lo invita a unirse en sus negocios de platería. Felipe disfrutaba el trabajo, pero en momentos se sentía cansado y triste, sin saber porqué. Felipe viaja a las Filipinas para hacer tratos con los orientales. Era el año de 1590 y contaba con 18 años de edad. Los negocios son un éxito, pero a Felipe le sigue atormentando esa vieja inquietud que no entendía; hondas reflexiones lo embargan de noche, hasta que comprendió lo que le pasaba y sintiéndose nuevamente llamado por Dios, solicitó recibir el hábito.



Dentro del convento llevó una vida ejemplar. Hizo sus votos el 20 de mayo de 1591. Un día, Felipe recibe noticias de sus padres:

“Hemos recibido el permiso para que vengas a México a que seas ordenado sacerdote y

cantes aquí tu primera Misa...” Esta noticia lo llena de alegría, le emociona la idea de cantar su primera Misa rodeado de sus familiares. Felipe continuó estudiando sin descanso.

En 1596, la flota sale hacia México. Iba acompañado de otros siete religiosos. La flota había avanzado poca distancia cuando se desató una tempestad. Felipe y sus compañeros comprenden que están en las manos de Dios. Se ponen en oración y milagrosamente, el barco sin velas ni timón, fue empujado por el viento hacia tierra firme: Japón. Felipe y sus compañeros se trasladados a un monasterio franciscano. Los días que siguieron, Felipe se dedicó a predicar con un fervor y un sentimiento tan profundos que conmovía a todos, también ayudaba a bien morir a los leprosos.

El reino de Japón estaba en poder del emperador Taycosama quien se había mostrado muy benévolo con los religiosos, pero instigado por los protestantes, lo convencieron de que los religiosos del monasterio, eran espías enviados por España, por lo que, el emperador temeroso de que los españoles quisieran extender su reino hacia el imperio japonés, dictó órdenes de arrestar a los frailes. Al llegar el comunicado al convento, el hermano superior, nota que los naufragos no estaban en la lista, por lo que tenían la oportunidad de escapar, a lo que Felipe de Jesús contestó: *“No quiera Dios que mis hermanos estén presos y yo me vea libre; mi suerte será la misma que la de ustedes...”*. Hambrientos y con poco abrigo fueron obligados a caminar bajo la lluvia y nieve hasta el lugar donde oírían la sentencia: “Serán sometidos a la mutilación de la oreja izquierda y la nariz, pues deben continuar la marcha ostentando una marca visible...”. El capitán del barco, Interviene a favor para que les fuese dispensado tal castigo, logrando solo que no les fuera cortada la nariz. Al día siguiente les fue cortada la mitad de la oreja. Felipe, expuso serenamente: *“Ya estoy marcado por Cristo: aunque el tirano me diera la libertad, no la admitiría...”*.

Con una sonrisa dolorosa y una resignación en el alma, oraban en silencio, caminando hacia la muerte con la

más gloriosa mirada, que no despejaban del cielo.

Dos meses duró el calvario de los mártires hasta el lugar de las ejecuciones. Llegaron a la colina donde ya estaban colocadas 26 cruces; se les sujetó a los maderos con argollas en las muñecas, cuello y tobillos. Bajo los pies tenían una tabla que les daba un ligero apoyo. Era una fría tarde del 5 de febrero de 1597. Felipe al tomar su cruz, oró:

“Padre mío, acó-geme en tu seno y da el consuelo a mis amados padres cuando la noticia de mi muerte les llegue...”



Al izar las cruces, el cuerpo de Felipe resbaló, las argollas del cuello comenzaron a asfixiarle y solo pudo decir: *“Jesús...Jesús...Jesús”*. Se ordenó abreviar su sufrimiento por lo que tres lanzas atravesaron su cuerpo. Su cabeza se inclinó y el palpitar de su corazón cesó.

¡Felipe de Jesús, había muerto!

En México, reciben la dolorosa noticia. La nana, agobiada de dolor, corre al patio a dar rienda suelta a su llanto: *“Mi Felipillo travieso... mi Felipillo muerto, mis ojos viejos no te verán más”*. De pronto, su mirada, velada por el llanto se fijó sobre la vieja higuera y un estremecimiento la envolvió; sus ojos se abrieron más y se quedó paralizada. *¡La higuera había reverdecido!*. Enseguida la nana exclamó: *“Felipillo Santo, Felipillo Santo! Don Alonso y Doña Antonia salieron al patio alarmados, y contemplaron la higuera cubierta de hojas verdes. Una gran emoción los embargó. La nana tenía razón, aquél milagro no podía significar otra cosa. La noticia cundió por toda la ciudad, en pregón del milagro.*

El 5 de febrero de 1629, se celebró en México la beatificación. Aún vivía la madre de San Felipe y ella misma cosió un hábito para la estatua de su hijo. El 8 de junio de

1862, se celebró en la Basílica de San Pedro la canonización solemne.